

Call of Duty

Mayo de 2014, noreste de Kidal, Mali. Fin de la operación militar Serval.

La voz de Kamel Aït Aïssa retronaba con un eco ensordecedor sobre el macizo montañoso como una llamada sin fin destinada al desierto. Estaba apoyado contra la pared de un peñasco, con el cuerpo magullado, fuertemente contusionado, tembloroso y con el fusil aún en la mano. El sudor y la sangre le perlaban el rostro polvoriento. Parecía que le faltaba un ojo y sus gritos, en francés, terminaron por arrancarle las lágrimas: «Mohamed, eres tú: ¡Mohamed Aït Amar de Rosny-Sous-bois! ¡Te he reconocido, eres mi hermano, Mohamed Aït Amar de Rosny-Sous-bois, incorpórate, deja el ejército francés, únete a nosotros y Dios te gratificará!». En el silencio que siguió a las explosiones, la voz del joven significaba que todavía quedaba una vida cercana a la muerte: «Únete a nosotros y Dios te gratificará!».

El sargento Mohamed Aït Amar se tomó su tiempo antes de responder.

Mohamed había encontrado por primera vez a Kamel en el centro comercial Rosny 2, cuando paseaba un sábado con su hermana Leïla. Kamel había mirado un instante a Leïla, lo que bastó para enojar a Mohamed. Y tras un breve altercado, todo acabó con el desprecio del uno por el otro. Una semana después volvieron a coincidir en el encuentro que oponía al equipo de fútbol de Sevrans contra el de Rosny. Allí se esforzaron por demostrarse el uno al otro su fuerza y destreza. Físicamente se parecían: piel clara, pelo rasurado, la misma talla, bien musculados, hábiles en el deporte. Aquel

día el partido terminó con un empate a cero. En los vestuarios simpatizaron. Sus respectivas familias procedían del mismo poblado, Tizi Ouzou en Kabylie, pero ellos habían nacido en Francia, en el desfavorecido departamento de Sena-Saint Denis. Además compartían el mismo gusto por los videojuegos.

Kamel había crecido en Sevrans. Su padre trabajó para PSA en Aulnay-sous-bois hasta su despido. Después, a los 56 años, el padre de Kamel no lograba encontrar trabajo. Recorría la ciudad a grandes pasos y pasaba los días sentado en un banco. Pensaba en los magníficos años de su infancia en Kabylie, en las alegres celebraciones o los cantos de las mujeres... Tocaban la kouitra, el laúd de cuatro cuerdas dobles, el qanun, otro instrumento de cuerda, todo ello al ritmo de la darbuka, un gran vaso de tierra cocida recubierto por una piel de cabra. Ahora lo único que escuchaba era el silencio y los ruidos de los suburbios. En ocasiones, el padre de Kamel se encontraba a sus camaradas de Peugeot y discutían agriamente. Les recordaba la huelga, las luchas del lado de la CGT. Reconsideraba las posiciones de unos y otros y terminaba su discurso con una frase ritual y desencantada: «¡Y todo eso para nada!». Después volvía a casa a comer los platos que le preparaba su hija mayor. No soltaba una sola palabra. La madre de Kamel había fallecido hacía poco, afectada por un cáncer de pecho que terminó por generalizarse. Como se había negado en rotundo a mostrarle los pechos a ningún médico, la enfermedad la devoró por completo con rapidez, justo después de que despidieran a su marido. A pesar de estos dramas, Kamel era un alumno muy estudioso. Después del bachillerato se había licenciado en física y química con bastante facilidad. Buscaba trabajo, pero solo le ofrecían puestos con poca cualificación. Aceptó trabajar como empleado municipal suplente o como vigilante nocturno auxiliar. Aparte del fútbol y los videojuegos, no tenía más pasatiempos. En cuanto a los videojuegos, prefería *Call of Duty* o Battlefield Heros, siempre juegos de guerra. Le gustaba batir su propia puntuación, superar las trampas y salir victorioso.

En la familia de Mohamed y Leïla, el padre era albañil. A los 58 años tuvo que dejar de trabajar, porque su cuerpo

sufría múltiples lumbalgias crónicas y graves: estenosis, hundimiento de las vértebras, etc. Desde los 14 años ya manipulaba bloques de hormigón. Una vida sin ocios, trabajando los fines de semana y haciendo horas extra muy mal pagadas. Actualmente caminaba poco pero encorvado como un anciano. Lo que traumatizó profundamente a la familia fue la desaparición de un tío abuelo el 17 de octubre de 1961. Al igual que muchos otros, el tío había respondido a la llamada del FLN, que pretendía protestar contra el toque de queda nuevamente instaurado en París, únicamente para los norteafricanos. La manifestación se vio gravemente reprimida por el mismo prefecto que en años anteriores había organizado la deportación de judíos y miembros de la resistencia. Jamás se encontró el cuerpo del tío, y la familia no recibió ninguna carta de arrepentimiento. Y como el miedo engendró la sumisión, no se presentó ninguna solicitud de búsqueda. Ni asomo de funeral, por supuesto. Vivían con este trauma desde hacía dos generaciones. Mohamed había seguido su escolaridad con normalidad, y a pesar de varios contratiempos con la policía por hurto, había terminado sus estudios de mecánico de carrocería. La madre de Mohamed estaba feliz, un verdadero ruiseñor que cantaba a todas horas, tanto de noche como de día. Algunas historias contaban que el trino del ruiseñor se consideraba antiguamente como calmante del dolor, acelerador de la curación y suavizador de la muerte. Aquella madre había transmitido toda su energía a sus hijos y ni un ápice a su esposo.

Lo que terminó de asentar la amistad entre Mohamed y Kamel fue un torneo del videojuego *Call of Duty*, en modo multijugadores, que ganaron juntos. El juego les fascinaba por la posibilidad de encarar el arma para visionar con precisión y por su puesta en escena hollywoodiense: los obuses explotan alrededor del jugador levantando montones de tierra y las balas silban en todas las direcciones, los miembros del equipo caen arrasados por las ráfagas enemigas. Cuando se produce una explosión muy cerca del personaje, este ve borroso y no oye bien durante un rato. Aparte de los videojuegos, a los dos chicos les encantaba la cocina oriental.

Las familias Aïssa y Amar festejaban siempre el Id, no tanto por miedo a honrar la sumisión de Abraham a Dios, sino más bien por la ocasión de compartir una buena comida con alegría y entre familias. Los Aïssa invitaron a Kamel a casa para disfrutar de un tajín de cordero con higos y todo tipo de dulces. La madre de Mohamed y Leïla destacaban también por sus artes culinarias, preparando excelentes makrouds y briwats, junto con otros dulces que alegraban el paladar. Los manjares estaban por tanto a la altura de un día tan especial. Durante la comida, Kamel y Leïla apenas cruzaron la mirada. Mohamed anunció ese mismo día su alistamiento en el ejército francés. Había superado las pruebas físicas e intelectuales y la entrevista terminó de convencer a los oficiales reclutadores. Para Mohamed, la gran motivación por seguir las huellas de su abuelo, que había combatido contra los nazis desde el desembarco en Provenza en agosto de 1944 hasta Berlín en 1945, había sido fundamental. Comenzó al mes siguiente en Carcasona, en el 3º régimen de paracaidistas de infantería de marina (3º RPIMa). Kamel tenía sentimientos enfrentados entre el orgullo y la tristeza de ver partir a un amigo. Terminaron la noche jugando a *Call of Duty*, su videojuego preferido, que aquel día ganó Mohamed.

Kamel se hundió en una depresión cuando su amigo partió. Aquellos pequeños trabajos terminaron por convencerle de que estaba infravalorado, que merecía algo más. Su padre apenas le hablaba. El hastío se apoderó de él y tan solo le quedó el fútbol.

Un día, durante un entrenamiento, se formó una multitud alrededor de un chico nuevo: Assim. Había regresado de Siria donde había combatido contra la dictadura. Habló de su yihad, de cómo su participación en la explosión de un camión ante la cárcel de Alep había permitido liberar a 300 presos. Habló también de la tortura y el asesinato a gran escala del dictador. Kamel quedó fascinado por las sangrientas historias de venganza y poder en las que los combatientes trataban de aplastar a sus enemigos. Después el discurso de Assim se volvió más ideológico. Para aliviar el sufrimiento de los musulmanes, había que instaurar un gran califato, un Estado islámico. Semana tras semana, Assim lograba que Kamel se

interesara en sus relatos de aventuras, más que en su fervor doctrinal. Kamel no practicaba ninguna religión. Para subsanar sus lagunas y aparentar más experimentado a los ojos de Assim, Kamel adquirió «El Corán para nulos». A partir de entonces, Assim se reunía con él cada viernes por la tarde en la sala de rezos, y charlaban sosteniéndose las manos. Assim no tuvo dificultades para convencer a Kamel de que podría llegar a ser un gran combatiente. Su hastío diario se abrió, desde ese momento, a un proyecto fabuloso de objetivo religioso y aventurero. Era la llamada del deber, y *Call of Duty* se convertía en su propia realidad. Le propuso que cambiase de nombre y que partiera a llevar a cabo su jihad para ayudar a sus hermanos en el sur de Libia, sirviendo así a Dios. Tenía contactos con una katiba, un campo de entrenamiento en el que se preparaba la entrada de combatientes en Mali, la tierra prometida. Además, le financiarían el viaje.

A la siguiente semana Assim acompañó a Kamel al aeropuerto de Roissy-Charles de Gaulle, de donde partió hacia el de Túnez-Cartago. Una vez que Kamel hubo embarcado, un desconocido entregó a Assim un fajo de billetes de 500 euros, que este contó varias veces. En Túnez, dos hombres esperaban a Kamel para retirarle el pasaporte y el teléfono. El joven sintió una punzada en el corazón al pensar en la familia que le quedaba. Pero se recuperó al momento, ahora se había convertido en Abu Suleiman Al-Mustaqem, un soldado de Dios.

En enero de 2013 Mohamed, a quien sus compañeros decidieron llamar Maurice o Momo, partió con su régimen hacia Mali. Empezaba así la operación Serval. Tras detener el avance de las tropas armadas islamistas en Bamako, su régimen retomó Gao, Tombuctú y después Kidal. Allí obtuvo sus galones como sargento.

En ese mismo momento, Abu Suleiman Al-Mustaqem se replegaba con su tropa de bárbaros hacia la frontera argelina, y de ahí hacia la nigeriana, en dirección al puesto fronterizo 1976. Tras sus huellas dejaban terror, masacres, decapitaciones, profanaciones, violaciones y esclavitud de la mujer. No habían detectado el dron que sobrevolaba por encima de la tropa.

En el cuartel general de Serval, la descripción de los bárbaros desató la intervención de dos Mirages con misión de bombardeo, tras lo cual siguió la partida de una tropa aerotransportada como apoyo. Allí estaba Mohamed. Apenas hubo aterrizado en las inmediaciones del escenario de la explosión, el helicóptero Tigre descargó a sus cinco hombres y volvió a partir. Bajo los efectos del potente rotor, el comando se disipó. El objetivo de su misión era informar de los resultados de la intervención de los Mirages e identificar al grupo armado. Tras una observación visual, detectaron la presencia de un superviviente. El teniente pidió a Maurice que realizara las advertencias al uso en bereber antes del ataque, y éste se preparaba para ello cuando se escuchó decir:

«Mohamed, eres tú: ¡Mohamed Aït Amar de Rosny-Sous-bois! ¡Te he reconocido, eres mi hermano, Mohamed Aït Amar de Rosny-Sous-bois, incorpórate, deja el ejército francés, únete a nosotros y Dios te gratificará!»

El sargento Maurice miró con rostro interrogante a su teniente, sorprendido por aquellas palabras, y le autorizó a responder en francés: «¡Kamel, tú no eres mi hermano, tú no eres digno de Dios y vamos a comenzar la intervención!». Y añadió: «¡Se acabó *Call of Duty!*!».